

NAUFRAGIO EN LOS RUGIENTES CUARENTA



Ahora que acaba de darse la salida de la regata oceánica Vendée Globe, el auténtico Everest de la Mar, cuyos participantes dan la vuelta al mundo en solitario dejando por babor los cabos más temidos del mundo, Buena Esperanza, Lewin y Hornos, es apropiado recordar el impresionante rescate protagonizado por el navegante inglés Toni Bullimore, cuando navegaba a 1.200 millas – 2.500 km- al sur de Australia, en unas aguas gélidas alejadas de toda ruta comercial. En medio de un temporal con vientos que alcanzaban los 60 nudos, la quilla pendular de su velero se desprendió del casco, y volcó.

En el centro de seguimiento de la regata en Francia se recibió la llamada de alerta: la baliza de posicionamiento del velero de Bullimore se había activado. Con celeridad, la armada Australiana mandó una fragata en su auxilio, aunque todos eran conscientes de que tardarían cerca de tres días en alcanzar su posición. Nadie podía saber lo que había pasado, pero lo que sí estaba claro era que el inglés pedía auxilio.

En un punto del Índico sur el velero de Tony permanecía volcado zarandeado por olas enormes. En unos segundos se había encontrado tumbado en lo que hasta ese momento había sido el techo de la cámara. El agua se mantenía justo por debajo de él gracias a la burbuja de aire existente y a los compartimentos de flotabilidad repartido por el barco. Lo primero que hizo fue buscar en el mamparo de la mesa de cartas la baliza de emergencia: para ello tuvo que bucear hasta alcanzarla. Aunque le entró la duda de si emitiría a través del casco. Más tarde, se quitó la ropa mojada y se envolvió en sacos de velas. Luego, se acurrucó sobre lo que había ido la parte baja de su litera, y empezó a respirar despacio tratando de acompasar los latidos de su corazón. De una forma increíble logró dormir varias horas. Al despertar, alumbró a su alrededor con la linterna que llevaba colgada del cuello y vio unos bidones de agua y unas latas flotando; las acercó con un sable de la vela mayor, y las guardó como un tesoro: le ayudarían a sobrevivir. Advirtió que tenía que cuidar al máximo un aire que se iría viciando con el paso de las horas. Para ello respiraba despacio, jugando con los intervalos.

El velero volcado era zarandeado como un corcho por una mar enorme que a Tony le dejaba la impresión de que estaba en una montaña rusa. A veces debía sujetarse con las piernas para no salir despedido de su refugio. Hubo momentos que pensó que sería engullido por las aguas. En la oscuridad más absoluta, y haciendo gala de una fortaleza mental fuera de lo común, decidió que solo le cabía esperar. En ningún momento perdió la fe en que alguien vendría a buscarlo; el problema era saber cuándo, y si para cuando llegasen, seguiría con vida. Durante tres días permaneció en esa situación, sintiendo que flotaba por los golpes que las olas daban sobre el casco volcado. En varias ocasiones escuchó lo que creyó ser ruidos producidos por motores.

La fragata australiana Adelaida llegó hasta la posición que la baliza Argos había enviado y que acababa de ser confirmada visualmente por el helicóptero que llevaban a bordo. El piloto dijo haber visto un casco volcado sin que sobre él hubiese persona alguna. No obstante, el comandante del navío ordenó poner una zodiac en el agua para acercarse al velero. Cuando llegaron junto a él, un sargento golpeó el casco invertido con un remo. Pasaron unos minutos sin obtener respuesta. En realidad nadie creía que el inglés hubiera podido sobrevivir tantos días en condiciones tan extremas. De repente, entre los timones del velero apareció Bullimore cubierto por una prenda amarilla. Había logrado salir de su refugio buceando al escuchar voces y ruidos. Lo embarcaron con celeridad y trataron de reanimarle con calor. ¡Dios mío, Dios mío!, repetía el navegante británico mientras sonreía. He vuelto a nacer, decía.

Los tripulantes de la fragata aplaudían; ninguno pensó que lo iban a conseguir. Sin saberlo, habían batido cualquier marca de salvamento en alta mar. Hasta ese momento nunca se había llevado a cabo un rescate a más de 1.200 millas de la costa por unidades que zarparon desde la costa. Y ese año no sería el último. Lo que ocasionó una protesta formal por parte del gobierno Australiano ante la organización de la regata Vendée Globe. A partir de entonces, los navegantes que participan en la prueba tienen prohibido bajar de los cincuenta grados sur, o los ululantes cincuenta, que llaman los pocos marinos que han tenido la oportunidad de moverse por aquellos mares inhóspitos, cuyas aguas dejan de ser azules y se convierten en lomos grises que pretenden tragarse a todo el que tiene la osadía de navegar sobre ellas.